

ANTONIO JOSÉ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, *Los tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*, Universidad de Valladolid-Castilla Ediciones, 2011, Valladolid, 382 págs. ISBN 978-84-8448-610-7.

La renovación de los estudios de historia militar en España en los últimos años tiene en el nombre de Antonio José Rodríguez Hernández uno de sus más cualificados epígonos. Formado en la escuela del profesor Luis Ribot, uno de los principales iconos de esa renovación, ha centrado durante largos años su investigación en los problemas del reclutamiento en la Castilla de la segunda mitad del siglo XVII. Ya desde los comienzos de su investigación esbozó interesantes muestras de la calidad de sus trabajos, al tiempo que perfiló las líneas maestras de un gran proyecto en torno al reclutamiento de soldados a lo largo de ese período en el que las demandas de efectivos humanos se intensificaron con el fin de formar nuevos cuerpos de ejército cada vez que se abría una contienda y de completar las bajas provocadas por la propia guerra y por las frecuentes deserciones. Ese preludeo de estudios adoptó la forma de artículos y de una interesante monografía con el título de *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*. Sin embargo, faltaba que viera la luz una obra completa que ofreciese una panorámica integral en la larga duración de lo que supuso el reclutamiento de soldados en el siglo XVII. El período escogido en *Tambores de Marte*, cubre el extenso arco que va desde la Paz de Westfalia hasta el final del reinado de Carlos II, aunque el autor justifica esa cronología en su fecha de inicio no solo en dicha paz sino en los cambios introducidos en la organización de la administración militar en el año 1647 al dividirse las Sargentías Mayores en dos ámbitos —Cataluña y Extremadura— así como en las modificaciones impuestas por la composición a dinero del servicio de milicias.

Pero más importante que el período estudiado nos parecen los temas abordados que, sin lugar a dudas, exceden de lo que podríamos considerar como propios de un libro de historia militar. Estamos, además, ante un libro de historia social, pues son más que evidentes las extensas implicaciones del reclutamiento para el análisis de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, del mundo de los marginados, de esa masa de hombres que dejaron campos y ciudades para empuñar las armas, ora de forma voluntaria, ora obligados por los diversos métodos forzosos de recluta. Historia política e institucional, también, que muestra con detalle los vaivenes de una monarquía que trató por múltiples medios de alimentar esa gran maquinaria de guerra devoradora de recursos materiales y humanos, máxime en los momentos de conflicto bélico cuando la necesidad obligaba a intensificar las reclutas y, a menudo, a acudir a medios coercitivos para lograr más soldados en el menor tiempo posible, aunque todo ello fuera en detrimento de la calidad de esos efectivos. Historia demográfica, igualmente, pues en esta obra se dan numerosas claves para entender buena parte de las pautas de una población

castellana que vio cómo miles de jóvenes partían hacia los frentes de guerra. Y, por último, cómo no, historia de la guerra, pues contextualiza perfectamente las prácticas de reclutamiento en Castilla en el marco las demandas bélicas.

Aunque el autor no sigue el orden expositivo que mostraremos a continuación, a mi juicio, la obra *Tambores de Marte* se podría dividir en dos grandes bloques. Uno, primero, que podríamos denominar como estructural, que muestra lo que serían los elementos fundamentales del reclutamiento, y una segunda parte en la que trata de forma exhaustiva sobre las distintas formas de captación de soldados y cómo éstas fueron evolucionando a lo largo de ese período. Ambas partes se complementan para formar un todo homogéneo que permite tener una detallada visión de conjunto de lo que fue la política militar —si es que como tal puede calificarse— de la monarquía en materia de reclutamiento.

El que consideramos como bloque vertebrador de todo el libro aborda en tres capítulos, siempre a partir de fuentes inéditas, temas capitales de la historia militar de la España de los últimos Austrias. En un primer capítulo el autor hace el enorme esfuerzo de precisar lo que hasta ahora había sido un controvertido tema de debate: el problema de los efectivos en armas durante el reinado de Carlos II. Sus concluyentes datos vienen a demostrar que frente a las sumas que la historiografía había manejado hasta ahora, que estimaban el potencial militar español entre los 150.000 y 300.000 hombres, habría que considerar unas cifras que irían desde los 112.000 hombres en 1676 a los 87.000 en 1694. Tal cálculo habría que corregirlo al alza, en cuantía que aún no ha sido investigada, para sumar los efectivos militares presentes en las guarniciones americanas, en la Armada y en las galeas. En todo caso, la suma total distaría mucho de la más baja que se había calculado hasta ahora, y lo que es incuestionable es que las cifras aportadas por Antonio José Rodríguez nacen no de meras estimaciones sino de la realidad de los datos extraídos y elaborados a partir de la documentación original del Consejo de Guerra.

Realizados los cálculos de los soldados que servían en los principales territorios de la monarquía —la propia península, norte de África, Flandes e Italia— se aborda un problema capital como es el de la calidad de los soldados reclutados a través de los distintos métodos de aprovisionamiento de hombres. Se trata, a la vez, de un encomiable esfuerzo por reconstruir esa sociología del soldado que, como ha demostrado I.A.A. Thompson, distó mucho de semejarse al soldado gentilhomme que describiera Raffaele Puddu basándose exclusivamente en la tratadística militar. El valor del estudio de Antonio José Rodríguez radica en que no solo ha tratado de reconstruir esa sociología sino que ha conseguido trazar diferentes perfiles en razón a los distintos métodos de captación a través de los cuales se enrolaban soldados en los ejércitos de la monarquía hispánica. En la misma dirección, la reconstrucción de la geografía del reclutamiento, siempre en función de esos sistemas, constituye una de las más novedosas aportaciones de esta obra.

El tercer capítulo, que nuclea todo el libro, se centra en mostrar la evolución de las formas de reclutamiento en cuatro coyunturas bélicas: 1668, con motivo de la Guerra de Devolución, 1676, en el marco de la Guerra de Holanda, 1684, con ocasión de la Guerra de Luxemburgo, y, 1689-1697 a causa de la Guerra de los Nueve Años en Cataluña. Situado como último capítulo del libro, el pormenorizado análisis que realiza en cada coyuntura bélica le permite trazar un recorrido que no es sino el paulatino camino desde los sistemas de reclutamiento directos hacia métodos indirectos —en el que los servicios de reinos, ciudades y municipios, así como los asientos privados ocupan un papel central— que no significaban sino la misma senda que paralelamente se desarrolló desde el reclutamiento voluntario hacia la coerción, aunque algunos métodos se revistiesen de un carácter volitivo que a menudo estuvo más en el papel que en la acción cotidiana de los diferentes agentes reclutadores utilizados por la monarquía. Su lectura atenta permite inferir que el ideal de soldado de calidad que anhelaba la monarquía fue convirtiéndose progresivamente en una quimera que circulaba por el pensamiento de los consejeros de guerra, pues las frecuentes exacciones y las duras condiciones del servicio, más el propio peligro de la guerra, siempre actuaron en contra de las intenciones de quienes planificaban las empresas de reclutamiento.

El segundo gran bloque en que se estructura el libro lo conforman cinco capítulos que se centran en las distintas tipologías de métodos de recluta, a saber, la captación de soldados voluntarios, los repartimientos, el reclutamiento a través de los vecindarios, los servicios de los diferentes reinos —cornisa cantábrica y Galicia— y las reclutas a cargo de las ciudades. El estudio de cada uno de esos métodos se caracteriza por el análisis sistemático aplicado en su investigación, de tal modo que el guión de cada uno de esos apartados responde a las mismas preguntas, que no son otras que tratar de explicar los antecedentes de cada uno de esos sistemas, los agentes encargados de ejecutarlos, la gestión de las reclutas, la financiación, los métodos de captación, los lugares de recluta, el destino de los soldados y, lo más interesante de todo, la eficacia de cada uno de esos métodos, o lo que es lo mismo, los resultados obtenidos en relación a los objetivos iniciales de quienes los planificaron. Las únicas variantes a esos ejes centrales serían las derivadas de la implantación de métodos indirectos —fundamentalmente el mundo de los servicios y las reclutas a cargo de municipios— que implicaron toda una larga nómina de contraprestaciones que ciudades y reinos percibieron por estos servicios y que fueron similares a las que la Corona ofrecía cuando conseguía los soldados por medio de asientos privados, esto es, las patentes en blanco de la oficialidad de las tropas que se levantaban o los hábitos de las Órdenes Militares. En este caso, la economía de la merced, como se observa claramente, no se fundamentaba en la mera gracia sino en el intercambio de soldados por cargos y honores.

En suma, esta obra de Antonio José Rodríguez bien podría definirse como la de un historiador que, habiendo escogido una luminosa lupa —aplicada sobre centenares de legajos simanquinos— para reconstruir el puzzle de la política del

reclutamiento militar en la segunda mitad del siglo XVII, nos presenta un cuadro de perfiles nítidos sobre lo que fue la realidad del esfuerzo bélico que Castilla hizo para sostener los diferentes frentes bélicos y guarnecer las principales fronteras y costas de la monarquía. Se trata de un dibujo perfecto, trabajado, exhaustivo, que nos permite conocer, hasta casi agotar el tema, la realidad del mundo de las reclutas y de los soldados en unos tiempos en que las guerras eran tanto los nervios de la monarquía como los mares por los que se perdían miles de vidas y de maravedíes.

Francisco ANDÚJAR CASTILLO

Universidad de Almería

DAVID MARTÍN MARCOS, *El Papado y la Guerra de Sucesión española*, Madrid, Marcial Pons, 2011, 256 págs. ISBN: 978-84-92820-54-2.

Echando la vista atrás a las últimas décadas, podemos felicitarnos de contemplar cómo se van solventando importantes lagunas historiográficas en lo que a la historia de Guerra de Sucesión española (1701-1715) se refiere. Desde el inicio de su estudio, se han ido iluminando con fuerza y desde perspectivas más amplias las complejas características de una contienda deudora de los avatares políticos del siglo anterior. Obviando el polémico debate sobre las distintas lecturas del conflicto que enfrentó a austracistas y borbónicos, se debe destacar la repercusión de los trabajos de especialistas como Virginia León, Pere Molas i Ribalta, Antonio Álvarez-Ossorio, Julio David Muñoz Rodríguez, José Manuel de Bernardo Ares o Armando Alberola Romá —por citar algunos, los cuales han ido liderando los estudios peninsulares a este respecto. Así, David Martín Marcos, con la publicación de su tesis, de igual título y defendida en mayo del 2009, contribuye a la investigación de dicho período y se suma a la creciente «legión» de modernistas dedicados a dilucidar nuevos aspectos de un enfrentamiento motivado por la extinción de la rama española de los Habsburgo y que adquirió tintes de «auténtica guerra civil». El súbito estallido de la Guerra de Sucesión propició una nueva vuelta de tuerca al orden geopolítico surgido de la Paz de Westfalia a tenor de la inversión en el juego de alianzas del tablero continental. El alcance y repercusión de esta disputa sucesoria adquirió además una nueva dimensión dentro de la coyuntura referente a la posición que el papa ostentaba en los asuntos europeos. A este respecto, la confirmación de que el papel político del pontífice se había visto reducido significativamente frente a la razón de Estado parecía verse rebatida por las intenciones del nuevo papa Clemente XI. La sede apostólica no se resignó a jugar un mero papel de comparsa ante los dos frentes de la pugna mantenida entre el duque de Anjou y el archiduque Carlos, ya que vio la posibilidad de sacar partido recobrando un protagonismo de primer orden y que había ido perdiendo tras el punto de inflexión que supuso Westfalia. Sin embargo, los intentos de Roma por